



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,
AÑO III. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 20.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. .	$\frac{1}{2}$ peso.	$1\frac{1}{2}$ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 20 de Julio de 1880.

REBAJA DE PRECIOS DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.



EL ZORRO.

EL ZORRO.

(Véase la lámina de la página 153.)

El zorro, llamado también raposo, pertenece al orden de los carnívoros, familia de los digitígrados, y al grupo de los caninos. Habita desde las zonas más frías hasta la zona tórrida, siempre que haya algo que robar.

La longitud del zorro, desde el hocico hasta la punta del hopo (cola), es de 2 pies y 8 pulgadas hasta 3 pies. Algunos individuos alcanzan más longitud, pero son muy pocos. Su altura es de un pie y 2 pulgadas próximamente.

Los caracteres del zorro son: astucia, doblez, inclinación al robo, y malicia: basta sólo una mirada suya para comprender que su apariencia no engaña.

Siendo un animal tan conocido de la generalidad de los cazadores, evitaré hacer la descripción de su figura.

El pelo del zorro varía según el clima, la localidad y las variedades que de él existen: así que, además del zorro común, cuyo color es gris rojizo y con la punta del hopo blanca, se ven el zorro rojo ó alazan, llamado zorro tostado ó prieto, de color negro el hocico, negruzco el vientre, rojo de capa, y la punta del hopo negra.

El zorro negro ó castaño oscuro, que sólo se encuentra en el norte de Rusia, y muy raramente, es tanto su valor, que una sola piel vale de mil á mil y quinientos reales.

El zorro azul se encuentra en el norte de Suecia y en la Groenlandia; su pelo es mucho más largo que en los otros zorros.

El zorro gris se halla en la Tartaria.

El zorro color de hierro se encuentra en la Luisiana.

El zorro plateado habita la Carolina y la Virginia.

El zorro blanco sólo se encuentra en los paralelos boreales.

Al examinar sus patas cortas no se puede deducir que su velocidad será grande, y sin embargo, el zorro corre extraordinariamente y salta de una manera prodigiosa.

Dotado por la naturaleza de sentidos extremadamente finos, sobre todo los *vientos*, nada de lo que existe en su alrededor, en un radio de algunos centenares de metros, queda desapercibido para él; á esto, unida su inmensa astucia y el grado de talento que desarrolla en evitar percances y malos encuentros, como en imponerse á otros seres más débiles, debe el ser un ratero de la peor calaña, y más peligroso que otros muchos animales carnívoros de más corpulencia. Como todo ladrón, es cobarde; no obstante, si pierde la esperanza de salvarse por medio de la huida, cuando ha sido sorprendido, se defiende con su bien armada boca, procurando siempre tener las espaldas cubiertas.

A la condición de ladrón hay que añadir la de asesino; pero asesino alevoso, porque muchas veces mata sin necesidad y sólo por gusto de hacer daño.

Una sola virtud posee, ser buen padre de familia: la zorra, sobre todo, es una madre amorosa y tierna, que se desvive por sus hijuelos.

El estoicismo del zorro es casi proverbial: cuando se siente cogido por una pata en un cepo, y se convence de que no tiene escape, si el hueso está roto, se roe la carne y los tendones y abandona la pata que le sujetaba y que para él era ya un peligro el conservarla. Várias veces he visto entrar en ojo algunas zorras con tres pies.

Siempre que un zorro se siente herido, su primer movimiento es morderse la parte lesionada. Como todos los animales carnívoros, es muy tenaz para la muerte; así que se han dado casos de empezar á desollar un zorro que se creía muerto, y volverse contra quien tan mal le trataba. Como el tejón, su parte más delicada es la nariz: por esto, cuando se tiene un zorro, al parecer muerto, no está demás darle un golpe de plano en la punta de la misma.

La vida del zorro se puede dilatar hasta los veinte años, si no se ve atacado de las tres enfermedades á que está bastante expuesto: el usagre, la tisis y la hidrofobia, que es común á todas las especies caninas.

En los inviernos poco rigurosos empieza el celo de este animal hácia primeros de Febrero; pero si el frío es intenso ó ha caído mucha nieve, se adelanta aquél unos quince días.

Es digno de notarse que tan pronto como la zorra se siente *alta*, es muy raro encontrar solo uno de éstos bichos, pues comunmente concurren tres ó cuatro machos

en seguimiento de la hembra, con la circunstancia de que las pistas de los dos primeros van muy unidas. La anterior es de la hembra, las otras son las de sus adoradores. Cuando la hembra se insinúa por medio de un sonido ronco, el macho más próximo lleva la nariz apoyada en el hopo de la bella. Los demás siguen los pasos del primero, sin intentar desalojarle de su puesto. De este modo recorren montes y prados, hasta que llega el alba y se interna con su séquito en la zorrera. Es opinión generalmente admitida entre cazadores que el que sigue más inmediato á la zorra es el sólo favorecido.

A los sesenta y tres días después de haber sido fecundada pare de tres á siete zorrillos, que permanecen ciegos por espacio de doce ó catorce días, y cuyo pelo es ceniciento, que más tarde se va haciendo más amarillento.

Durante las primeras dos semanas, la madre no abandona un instante á sus hijuelos, á quien amamanta. En este tiempo, así como en la segunda mitad de la preñez, el macho procura el alimento á su consorte. La tercera y aún la cuarta semana permanecen los pequeños en la zorrera; pero pasado este tiempo, la madre conduce á sus hijuelos á la boca de la cueva, ante la que permanecen todo el día retozando y ensayando sus dientes en el producto de las fechorías del papá. A medida que aumentan sus fuerzas físicas, los padres los abandonan con más frecuencia y las ausencias son más largas; en cambio, cuando regresan vienen más provistos de víveres para sus pequeños.

Mientras los padres están de caza, los zorrillos entretienen el hambre saliendo de la cueva á retozar delante de la boca de la misma. Nada más interesante que ver estos pequeños candidatos del crimen en sus juegos; más ágiles y más alegres que los gatos cuando son jóvenes, sus posturas son encantadoras y graciosos sus movimientos. Grandes ratos de solaz me han proporcionado cuando he tenido la suerte de sorprenderlos en sus horas de esparcimiento. Cuando el hambre les molesta demasiado, dan á conocer su impaciencia por medio de ladridos.

Si algún ruido les sorprende, se precipitan en las bocas de la zorrera: pasado algún tiempo, uno de ellos se asoma á la boca para observar si existe en los alrededores de la cueva algo que le sea sospechoso. Si después de pasados unos cortos momentos no nota cosa de que desconfiar, se arriesga á salir seguido de sus hermanos, dando desde luego principio á nuevos juegos. Cuando los padres regresan y ven la existencia de algo extraño, debido á la mano del hombre, aprovechan la noche inmediata para cambiar de domicilio, seguidos de sus pequeños, á sitio más seguro.

Cuando los zorrillos están en disposición de salir, los padres les suelen traer ratones vivos con objeto de ver qué tal se conducen cuando tienen que ganarse el alimento con sus propias fuerzas. Después les acompañan en sus excursiones, yendo los jóvenes delante y los viejos á retaguardia para estar prontos á cualquier evento.

Al tercer mes de edad es cuando hacen su primera salida, conducidos por sus padres para tomar las lecciones de robo y pillaje en toda clase de animales. Interesante y curioso por demás es ver á la prole tomar lecciones de su madre, tanto en dar caza á varios animalitos, como cuando se instruye en cazar al vuelo las piezas que su madre le arroja al aire con su boca.

Con frecuencia se ve á una familia de zorros abandonar la zorrera en un día en que los trigos ya están granados, é internarse en los campos, que por dicha época están atestados de seres vivientes. Hasta que empieza la siega permanecen en los panes, y ciertamente que no podrían hallar sitio en que pudieran vivir más ocultos, ni donde tener más provisiones; pero así que llega la hoz á funcionar se retiran, no ya á la zorrera, sino á la parte más recóndita del monte y en lo más espeso. A fines de Octubre ó en Noviembre se disuelve toda la familia, empezando cada individuo á vivir por su propia cuenta, á pesar de que los zorrillos no se hallan completamente desarrollados hasta el tercer año.

Los zorros viven en cuevas, que, ó bien las construyen al efecto, ó se aprovechan de las que encuentran abandonadas, si no les ocurre desalojar de la suya á algún tejón, lo que consiguen ensuciándose en las bocas de entrada, ó bien viven con él en buena armonía.

Las zorreras tienen la misma distribución que las cuevas de los tejones; formadas por dos aposentos, ante cada uno de los cuales existe una cámara, que parecen destinadas la una á servir de osario y la otra de paridera. A esta última vienen á concurrir las bocas de la cueva: de la paridera arranca un paso á uno de los dos aposentos principales: éste se comunica con el otro de la misma manera, y este último con la cámara que sirve de osario, en donde depositan los huesos de sus víctimas, á fin de que no les comprometan.

Si una familia de zorros se ve obligada á abandonar su cueva, se interna en los sitios más excusados del monte y se construye provisionalmente una galería de refugio, internándose unos tres pies en una dirección recta, y formando de repente un ángulo casi recto, continúa su excavación en una longitud de tres á cinco pies, á cuyo extremo forma otro ángulo para buscar la salida.

Los zorros permanecen en los sembrados poco tiempo antes de la recolección, porque por dicha época abundan en caza; pero por el tiempo de la siega suelen internarse en los montes, y con preferencia en los matorrales, á las orillas de los ríos y no lejos de los campos labrados.

En los grandes temporales de otoño suelen subirse á los árboles que están muy inclinados ó en los huecos de los más corpulentos.

Durante el invierno buscan las marañas más espesas de los montes más próximos á las poblaciones. En las horas del día emplean el tiempo en descansar, á fin de reparar sus fuerzas para la noche, que la emplean íntegra en hacer todo género de desavíos. Sólo en verano los padres hacen una excepción de esta regla, cuando tienen que procurar alimento á sus hijuelos.

Si estando el zorro de caza le sorprende la luz del nuevo día lejos del monte, se alastra detrás de cualquiera piedra ó se cubre con la mata más cercana, y á veces en los surcos de los campos labrados.

Indudablemente el zorro es un huésped muy nocivo á la caza y á los animales de corral: por esta razón, tanto el cazador como el que se dedica á la cría de animales domésticos le han declarado guerra sin cuartel. Ningún ser viviente menos fuerte que él se ve libre de sus asechanzas, y con frecuencia se le ve atacar á animales más corpulentos que él, usando todos los medios que su astucia le sugiere. ¡Cuántas veces le he visto en expectación, esperando el primer descuido de sus víctimas! ¡Cuántos ardides pone en juego para el logro de sus deseos!

Su alimento favorito es la carne, y siendo mucha la que necesita para mitigar su apetito siempre activo, hace muchas víctimas, así como en la época en que da caza para mantener á sus hijuelos. Cuando le falta la carne fresca no desperdicia las ranas, las culebras, los escarabajos y la langosta. También los huevos y la miel le sirven para alimentarse. Durante el estío, cuando carece de todo, se contenta con los ratones que encuentra en los prados y montes. En otoño y en la segunda mitad del verano puede disfrutar de su alimento favorito, las uvas y la fruta, pues es goloso en extremo.

El zorro no come carne de aves carnívoras, ni la del cuervo, que le es muy repulsiva. Pero carne de gato, sobre todo si es asada, así como los arénques y las sardinas, los come, y muestra tal afición por ellos, que constituyen el mejor cebo para atraerles á las trampas.

Es uno de los animales más astutos y listos de la creación, y emplea su astucia tanto en el ataque como en la defensa.

Cuando un zorro queda encerrado dentro de un ojo, si éste tiene lugar en monte hueco, sale veloz delante de los ojeadores y entra en la línea de fuegos; pero si es en algún matorral, se pára y se pone en expectación; aguza el oído; yendo y viniendo de un lado á otro, intenta ponerse bajo viento, si tiene tiempo para ello. Si logra su objeto ó nota el menor movimiento en cualquiera tirador, se vuelve súbitamente y parte á romper por la línea de ojeadores, ó espera agazapado detrás de una mata hasta que éstos están á pocos pasos de él. Si el ojo se verifica con perros, procede con menos cautela, por verse empujado hácia adelante; pero como tiene un gran oído, trata de ponerse en salvo tan pronto como siente los primeros latidos de los canes.

En un ojo en que yo ejercía las funciones de jefe de

ala, noté que un zorro estaba alastrado á lo largo de una troza de pino, con ánimo de dejar pasar á los ojeadores; pero no le valió su treta, pues le descerrajé un tiro que le dejó inmóvil en el sitio que había elegido para ocultarse á la vista de los ojeadores. Al levantarlo vi con asombro que tenía una mano atrofiada, señal indudable de que había sido cogido en un cepo de platillo, y que al sentirse con el hueso roto, se mordió las carnes y los tendones, dejando en él la parte de pata que estaba cogida entre los aros del cepo.

Asombro causa verle cuando se le tiende un lazo: la prudencia que muestra, la astucia que pone en juego, en fin, su recelo excede los límites de lo creíble. En Octubre de 1859, estando yo en prácticas en el monte de Reinhartsdorf, en el reino de Sajonia, un zorro tuvo á bien hacer una visita al gallinero del Ingeniero de montes que á la sazón era mi jefe. Las dos próximamente serian cuando sentimos los Ayudantes un alboroto en el gallinero: levantarnos fué obra de un momento, y en ménos de tres minutos estábamos en el teatro de la fechoría de Reincke, como allí le llaman. Pero sin duda oyó nuestros pasos y se puso en salvo ántes de nuestra llegada. Un gallo, tres gallinas y dos patos fueron sus víctimas, de las cuales sólo encontramos cinco en el lugar del crimen; la sexta la llevaria para deleitarse á su sabor y con toda tranquilidad á la boca de la zorrera ó al borde de la primera acequia que encontrase. En vista de tal desafuero, quedó concertado que al día siguiente se colocarían varios cepos con el fin de apresarle.

Efectivamente, á la mañana siguiente se dispusieron cuatro cepos; dos de los llamados de cuello de cisne, y los otros dos de los de platillo. El cebo era de carne de gato, uno de los mejores, como he dicho, que se emplean para coger al zorro. Colocados los cepos convenientemente cerca de la casa, los ayudantes nos situamos de centinelas en las ventanas, con el fin de observar el modo de conducirse el zorro y gozarnos en su desgracia.

Próximamente á la misma hora del día anterior, á las dos de la madrugada y á la luz de una buena luna, apareció el raposo, engolosinado sin duda por el resultado de la noche anterior. Tan pronto como tomó viento del cebo se dirigió á él y le comió; otro tanto hizo con otros tres trozos más; pero á medida que se acercaba al cepo que tenía más inmediato, se detenía más. Al quinto trozo lo contempló por espacio de cinco minutos; al sexto le miró largo rato; pero no sabiendo de qué lado atacarle, empezó á dar vueltas al rededor de él, trazando una espiral. Por fin, el sétimo trozo, que estaba sujeto al disparador del cepo, fué objeto de larga contemplación. Maese zorro miraba el objeto de sus anhelos con la avidez de la gula y con el deseo de quien no sabe contener sus pasiones; de vez en cuando, sentado como estaba, movía lentamente su hopo, hacía intencion de arrojar al cebo tan codiciado; pero su instinto le marcaba la existencia de un peligro, y volvía á sentarse en actitud expectante y á mover el hopo; por fin, pasados diez minutos se levantó, dió seis ó siete vueltas en derredor del cepo, y de repente se abalanzó al cebo, quedando adornado con el más incómodo corbatín que pensar pudiera. Intentó varias veces marchar de frente con el cepo; pero en la imposibilidad de verificarlo, ensayó á retirarse marchando en direccion contraria; pero un par de golpes en la nariz, propinados por uno de mis compañeros, le libraron para siempre de las congojas que sufría.

Si alguna vez el zorro, al girar al rededor del cebo, tropieza con el cepo, sin quedar cogido, se escama de tal modo, que es punto ménos que imposible el atraerle al lazo en muchos meses, y sólo se consigue haciendo uso de otro cebo del usado el día en que corrió el peligro de ser preso.

Notable es que siendo el zorro tan suspicaz y tan temeroso al lazo cuando está tendido, sea tan descarado y atrevido cuando nada tiene que temer de él por haber caído otro animal.

Si se ponen los cepos en las bocas de la zorrera, tarda mucho en salir de ella, y sólo lo verifica cuando el hambre le obliga á buscar alimento. Pero si los cepos han sido colocados por mano poco experta, es lo probable que el zorro no salga, y ó bien muera de hambre ó se abra una nueva salida.

Si apetece comer miel, á la que es muy aficionado, evita las picaduras de las abejas revolcándose en un cenagal, y cubierto de una coraza de fango, acomete la empresa, en la seguridad de que saldrá ileso de las armas de los industriosos insectos.

En los parajes donde se tienden perchas para coger conejos y perdices, el zorro hace su visita de inspección y se aprovecha de los artificios que emplea su homónimo bípedo (que zorros son también los laceros), robándole alguna pieza de caza.

Como prueba de astucia del zorro, voy á referir á los lectores un caso que presencié en Sajonia, en el monte de Wermsdorf.

Era una tarde del mes de Julio, en la época de cazar los ánades, y con objeto de matar algunos, me había situado en un tollo á la orilla de una laguna. Poco tiempo hacía que estaba instalado, cuando vi aparecer un zorro con una ramita de aliso en el hocico: sin preámbulos de ningún género, se dirigió á la orilla del agua, y volviendo la parte posterior de su cuerpo hacia ella, introdujo el hopo con extremada lentitud. Dando un paso hacia atrás, metió también las patas posteriores en el agua; poco á poco retrocediendo, introducía el cuerpo, hasta que ya no asomaba más que la punta del hocico. Llegado á este punto, se puso á nadar un corto trecho; de repente soltó la ramita y emprendió la vuelta hacia la orilla, internándose en el monte.

Atento á los manejos del raposo, habíase excitado en alto grado mi curiosidad al ver el cuidado que ponía en conservar la ramita en la boca, y la parsimonia empleada en introducirse en el agua. Desde luego comprendí que no se trataba de un simple baño, pero no me podía explicar el objeto de aquel proceder; así, pues, me dirigí al sitio donde estaba atracado el lanchon, y de allí al punto en que se encontraba la rama de aliso, que al pronto desconocí, porque ya no era verde, estaba negra y se movía su superficie; en fin, estaba cubierta de pulgas.

La piel del zorro es bastante apreciada, sobre todo desde el mes de Noviembre hasta mitad de Marzo. De lo cual se deduce que si se caza la zorra por la piel, la época de cazarla debé ser desde Noviembre hasta fin de Febrero.

La huella del zorro tiene mucha semejanza con la de un perro de mediano tamaño, con la diferencia de que los dedos se marcan más prolongados, sobre todo los del medio, y al mismo tiempo el pulpejo es mucho menor en el primero que en el segundo.

Muchas son las maneras que se emplean para cazar el zorro.

En los países del centro de Europa se procede del modo siguiente: después de saber con seguridad en qué zorrera se ocultan con sus crías, se introduce en la cueva un perro tejonero que sea muy vehemente, teniendo ántes la precaución de cubrir las bocas con capillos. En el caso de que el perro no pueda desalojarlos, se procede á cavar como se hace con el tejón.

La espera al zorro es realmente el mejor modo de lograr llegar á tiro; se puede hacer de tres modos: en la zorrera, en el cambio ó vereda y en la carniza.

La espera en la zorrera deberá hacerse por la tarde, teniendo la evidencia de que el zorro está en ella. Todo cazador sabe que por la primavera y verano los zorros padres están reunidos con sus hijuelos, y que por otoño é invierno viven todos independientes, y según la época deberá ser el procedimiento, pues si se pone en el puesto en las dos primeras estaciones del año, una hora ántes de la puesta del sol, lo probable es que no tarde mucho tiempo sin ver asomar las orejas de algun zorrillo que sale á solazarse á la boca de la cueva, acompañado de sus hermanos, á quienes sigue alguno de sus padres, si no es que ya han salido en busca de caza para sus pequeños. En este caso el cazador debe tener calma y entretener su tiempo en presenciar las evoluciones y monadas de los zorrillos, y si es observador, no lo dará por perdido. Por fin, acudirá cualquiera de los padres, y ántes de que llegue al sitio donde están los pequeños, el cazador debe hacer fuego, apuntándole á la cabeza; á la detonación los zorrillos se internan en la zorrera, y el cazador debe tener, ó bien unos zancos á prevención, ó frotarse las suelas de su calzado con almizcle, para que no deje tufo de su cuerpo. Con esta prevención recogerá su presa, la llevará

á su puesto, y esperará á que los zorrillos salgan á enterarse de lo ocurrido. Algo más tarde aparecerá el otro padre, y procederá del mismo modo; y después de muertos los padres, puede proceder á hacer lo mismo con las crías, aprovechando la circunstancia de estar reunidos para soltar el tiro.

En otoño é invierno, cuando los zorros viven aislados, se debe situar en el puesto el cazador y esperar, porque seguramente tirará ántes que anochezca; pero debo advertirle que no se precipite y espere á que el zorro esté á algunos pasos de la zorrera.

Si á la caída de la tarde, ó por el amanecer, el cazador que se ha puesto cerca de una vereda al aguardo del zorro observa que éste anda cazando por los campos colindantes al monte, le será conveniente reclamarle imitando al conejo ó á la liebre cuando chillan, y se verá cómo al momento acude la zorra. También se emplea cuando ésta sale muy larga y no se puede llegar á tiro.

Uno de los mejores medios de cazar este astuto animal es seguramente por medio de la carniza. El procedimiento que se emplea es el mismo que ya indicamos para el lobo en el número 16 de LA ILUSTRACION VENATORIA del año último.

El ojeo es un modo de cazar muy divertido; pero por fortuna el número de zorros no es tan grande que se puedan hacer expresamente para ellos.

La caza á la carrera con galgos ó con sabuesos es la favorita de los grandes señores que pueden disponer de buenos caballos y numerosas traillas de perros destinados exclusivamente á este objeto.

El cazador que siempre vive en el monte, el verdadero montero, el hombre que sabe utilizar la caza, atendiendo principalmente á su fomento más bien que á matar mucho, caza el zorro con cepos y en la época en que las pieles valen más; y para indemnizarse de los meses perdidos en que el pelo de la piel vale poco, necesita cazar muchos en los pocos meses hábiles.

Para emplear los cepos se necesita haber estudiado mucho las costumbres de los animales á quienes se quieren tender, pues de lo contrario daría un resultado nulo; es preciso tener buenos utensilios, saberlos emplear, disponer de buenos cebos y armarse de paciencia.

Los cepos deben no ser muy fuertes, porque en este caso al golpe de los aros suelen romper los huesos de las patas, lo cual es un inconveniente en los zorros, porque se muerden la carne y abandonan la pata en los hierros, adquiriendo de este modo su libertad. Tampoco deben ser flojos de muelle, porque no hacen presa; y todos los animales que se han cogido se evaden, y es ya casi imposible conseguir que vuelvan á caer, por cuyas circunstancias los cepos de platillo son los ménos apropiados para cazar el zorro, la marta, la garduña y el lobo.

Los cepos más usuales son el de cuello de cisne, el anzuelo mecánico y el cepo continuo como los mejores.

Ántes de colocar los cepos de hierro sobre el terreno en que han de funcionar es preciso que estén muy limpios, casi bruñidos, porque la menor mancha de óxido de hierro es suficiente para que no entre ninguna alimaña, pues sus vientos son extremadamente finos y sienten el hierro á una distancia increíble. Después de bien limpios se procederá á frotarlos con hoja de los árboles que existen en el monte, ó en su defecto con hierbas ó con plantas de las que más abundan en la localidad, para quitarles el olor de las manos del hombre. Hecho esto, se abrirá en el suelo un hoyo de la figura del cepo, extrayendo la tierra y colocándole en él; ya montado, se pone debajo del muelle y de la charnela que une los dos aros unas piedras para que se apoye en firme; después se cubrirá bien con tierra muy suelta, de modo que nada de hierro esté á la vista, y se procederá á la colocación del cebo. Si el cepo es de cuello de cisne, se ata un trozo de cebo á la cordeta que va prendida al disparador, y se ponen otros tres ó cuatro trozos más en el suelo al rededor del cepo.

Si el cepo fuera de platillo, después de colocado éste se introducirán por medio de un palito unos trozos de cebo en unos pequeños agujeros hechos en la tierra; pero teniendo cuidado de no tocar el cebo con la mano y que el cebo esté enterrado al rededor del cepo.

Empleando el anzuelo mecánico, llamado también anzuelo ruso, se procede como hice mención en el nú-

mero 16 de LA ILUSTRACION VENATORIA del precedente año, al tratar del lobo, con la única diferencia de colgar el aparato á la altura del pecho de un hombre.

Por último, con mejor éxito se emplea el cebo ruso, también llamado cebo continuo, cuya descripción omitimos por estar anotada en el ántes mencionado número 16. La única diferencia que hay en el cebo continuo destinado á coger zorros, es que las distancias entre las estacas han de ser menores que en el que se destina para los lobos.

El cebo que se emplee en esta clase de cebos ha de ser vivo; por ejemplo, una gallina, un conejo ó una liebre.

Á fin de poder tener un éxito completo en el empleo de los cebos, es indispensable hacer uso de buen cebo, pues de lo contrario nos exponemos á ver fallidas nuestras esperanzas; pues si bien los zorros acuden allí donde hay carniza, tan pronto como notan algo sospechoso se contienen y renuncian á la carne que les convida, prefiriendo salir en busca de carne fresca. Por esta razón es preciso excitarles el deseo y avivar su apetito, para lo cual se emplean cebos preparados, á cuya fragancia no sabe el zorro resistir, y acude al engaño á sabiendas.

Muchas son las recetas de los específicos que se emplean para conseguir buenos cebos; pero por no molestar la atención de los lectores, les harémos gracia de consignarlas en este artículo; pero si algún suscriptor tiene interés por conocerlas, estoy dispuesto á satisfacer su deseo.

TORRE AYLLON.

AUSTRALIA.

EL CANGURO Y EL ORNITORINCO.

(Véase la lámina de la página 157.)

Cuando el zoólogo, atendiendo á las regiones habitadas por los animales, quiere dividir y clasificar las partes, no ocupadas por las aguas, de la superficie de la tierra, se ve obligado á distribuirlas en dos sumamente desiguales, á saber: la primera, la zona de la fauna de Australia, y la segunda las de todas las demas regiones del mundo juntas. Muy inclinado se vería también á añadir á la primera otra tercera, puesto que Madagascar se le ofrece como una especie de país especial; pero todas las demas partes en su conjunto, Asia, Europa, América y África, en sus animales y hasta en sus plantas, aparecen tan opuestas á la Australia y á Madagascar, que han de considerarse como una unidad respecto á las otras dos divisiones.

Lo dicho es aplicable principalmente á los mamíferos. Los de Australia, si prescindimos de ciertos roedores y murciélagos, introducidos allí despues, son, en lo general marsupiales, ó animales de bolsa y de cloaca, á todos los cuales podemos denominar cuadrúpedos primitivos. Y no es esto solo, sino que los animales citados, excepto algun marsupial de la América, no se encuentra hoy en ninguna otra parte del mundo.

Característicos de Madagascar son los semi-monos ó lemures, por cuya razón se ha llamado *Lemuria* á esta fauna, que comprende también algunas islas. Pero el aislamiento zoológico de la Lemuria no es ni con mucho tan gráfico como el de la Australia, porque no sólo hay algunos lemures en las Indias y en África, sino que Madagascar, además de murciélagos y roedores, tiene también insectívoros sin alas, carnívoros y una especie de cerdo. Por tales razones debemos comenzar dividiendo en las dos partes indicadas á todo el orbe terrestre, y afirmar que *Australia es el país de los mamíferos primitivos*, y las demas partes del mundo juntas el de los mamíferos modernos, que faltan por completo en la primera. Australia, en efecto, no contiene ningun insectívoro, ningun mono, ningun solípedo ni ningun carnívoro, fuera del dingo, indudablemente introducido allí más tarde, y probablemente con el hombre. Verdad es que posee roedores, pero no menos cierto que, mientras este orden de animales forma en las otras partes del mundo, en sus géneros y especies, uno de los grupos más notables entre todos los mamíferos, en Australia sólo hay cuatro especies, la primera de las cuales, la del *mus*, como el dingo, ha sido llevada por el hombre. Las otras tres debieron entrar allí también cuando hacía ya mucho tiempo que esta región

estaba separada de los demas continentes, puesto que la venida por mar no es imposible á los pequeños roedores, que pueden navegar en troncos de árboles. En cuanto á que Australia tenga también murciélagos, como las otras regiones del mundo, se explica por la circunstancia de que estos animales, con alas para volar como los pájaros, pueden ir á todas partes, y hasta á las islas situadas en medio del Océano, en donde faltan por completo los mamíferos.

Peculiar es asimismo de la fauna australiana lo que se observa en todos los marsupiales del mundo, de tal modo dispuestos, que se puede sostener con seguridad que hubo una época geológica de la tierra, en la cual, segun todas las probabilidades, no vivían otros mamíferos (excepto los de cloaca) que los marsupiales. Teniendo, pues, presente las divisiones admitidas en la ciencia geológica, este período, en lo relativo á los cuadrúpedos señalados, cae en los principios ó prodromos de la época eocena.

¿Cómo se explica, por tanto, que los marsupiales, hoy casi en general, si prescindimos de la Australia, hayan desaparecido, y que su lugar, también con excepción de la Australia, haya sido ocupado por otros mamíferos? El examen de esta cuestión no interesa sólo al naturalista, sino que se halla en íntimo contacto con las leyes que influyen en la vida humana, por cuya razón le consagraremos por nuestra parte algunas líneas.

En sus relaciones con la historia de la tierra se deduce de lo dicho: primero, que la Australia, en este período eoceno, ó, segun decimos nosotros mejor, en este período marsupial, estaba unida á las demas partes del mundo, de suerte que esos animales eran comunes á todas; segundo, que ya ántes de finalizar este tiempo, ántes de haber nacido los mamíferos modernos, ó á lo ménos, ántes de que pudieran haber pasado á la Australia de las otras partes del mundo, en donde nacieron, se había separado ya aquella de éstas, de tal suerte que se cerró ese camino á los mamíferos modernos, excepto aquellos que, como los pequeños roedores, pudieron pasar por el agua, ó volando, como los murciélagos.

Como se observa, esta parte del problema es de fácil resolución, y sólo nacen las dificultades cuando se pregunta y se desea saber: primero, ¿por qué aparecieron los mamíferos modernos en las demas partes del mundo?; segundo, ¿por qué no sucedió lo mismo en la Australia?; y tercero, ¿por qué murieron los marsupiales en aquellas partes y no en la Australia?

Para contestar estas preguntas conviene advertir ántes cuál es la naturaleza de los dos grupos de animales á que aludimos. En los mamíferos modernos los hijos vienen al mundo adelantados ya bastante en su desarrollo físico. Al contrario, el marsupial recién nacido es harto imperfecto, á consecuencia de su formación incompleta, y ni aún tiene abertura anal. De aquí que, para facilitar su desenvolvimiento, la madre se halle provista de esa bolsa en el vientre, en la cual están situadas sus tetas ó glándulas mamarias. Los recién nacidos se adhieren á los pezones con tal insistencia, que durante largo tiempo parece que forman cuerpo con ellos, permaneciendo en esa bolsa, no sólo hasta que se han organizado, sino que se refugian en ella al menor asomo de peligro, hasta cuando pueden proporcionarse por sí mismos su alimento, y se han visto algunos de estos marsupiales que, teniendo ya hijuelos en sus bolsas, se aprovechaban, sin embargo, de las de sus madres.

La cuestión ahora es por tanto la siguiente: ¿Cuál es el efecto de este procedimiento especial de criar á sus hijuelos? Para responder á ella comparémoslo con el observado en los mamíferos más modernos.

Una hembra de éstos, que ha de darlos á luz en una cama ó lecho, ha de verse obligada á acudir á muchas atenciones, de las cuales se libra el marsupial en absoluto, merced á la bolsa que posee. Ha de elegir primero con prevision el paraje en donde pueda parirlos sin riesgo, y luego preparar una cama, excavar un hoyo, ó ocultarlos de otra cualquier manera. Ha de esmerarse asimismo en no descubrir su existencia, cuando sale ó entra á buscar su cría. Si amenaza peligro, ha de defender con sagacidad y energía á los hijuelos, que no pueden huir con ella. Mientras no la siguen ha de encontrar de nuevo el sitio en que los deja, y esto no es posible sin que sepa

rastrear una pista, y sin conocimiento detallado de los lugares en donde se encuentran. Nada análogo ocurre á los marsupiales, y el cuidado de sus hijos no exige ni arte, ni astucia, ni conocimiento de los lugares, ni saber seguir la pista, etc., y la protección y defensa de sus crías es lo mismo que su propia protección y defensa. Continuemos la comparación con el hombre.

El desarrollo de una civilización elevada y de una inteligencia superior comienza en la historia de la especie humana con la posesión de una propiedad, pero de una propiedad de tal naturaleza, que el hombre no pueda llevársela consigo. La defensa y conservación de ella, siendo inmueble, y en las circunstancias más varias y opuestas, es una escuela efícamísima para el desarrollo de la inteligencia. Mientras que el nómada, que se lleva consigo cuanto tiene, abandona sin trabajo cualquier lugar, si no le parece seguro ó no le ofrece medios de alimentarse, el labrador y propietario de la tierra, en tales casos, aplica todas sus facultades físicas y morales á defender su bien y su vida contra todos los obstáculos que se presentan, y á proveer por iguales medios á su subsistencia.

Así se comprende fácilmente por qué razón, cuando se juntan marsupiales y mamíferos modernos, y hay colisión entre ellos, los primeros son siempre vencidos y al cabo desaparecen.

Es la misma historia tantas veces repetida en la vida de los pueblos. El emigrado blanco del norte de América, agricultor y propietario de bienes inmuebles, expulsa poco á poco á los pieles rojas, que viven errantes de la caza, y esto inexorablemente y con la misma seguridad que si se cumpliera una ley de la naturaleza, que se repite siempre lo mismo, cuando se encuentran en pugna pueblos agrícolas con nómadas salvajes.

En virtud de estas indicaciones, las preguntas ántes formuladas se concretan ahora á la siguiente: ¿Por qué en el mundo moderno aparecen animales mejor organizados y más inteligentes, y no ha sucedido así en la Australia? Las razones de que esto ocurra son las mismas que nos explican por qué á la vez que la fauna de los mamíferos modernos se desarrollan allí pueblos y estados cultos, y los de la Australia son salvajes incivilizados y las criaturas más inferiores de nuestra especie.

Despues que el pequeño continente australiano se separó de la restante tierra firme, duró, concentrado en sí mismo, un espacio de tiempo considerable. Los habitantes de él se acomodaron todos entre sí y á las relaciones físicas del suelo, y hecho esto, se acabó todo progreso ulterior, y persistió un estado regular y constante de equilibrio reciproco. Pero examinemos ahora lo que bajo este aspecto acontecía en los demas continentes.

No conocemos, á la verdad, lo bastante la historia del globo para formar un mapa detallado de cada época, distribuyendo con exactitud en cada una el agua y la tierra; pero sabemos que hubo continuas alternativas, juntándose y separándose entre sí sin cesar unas regiones de otras. Para ejemplo echemos una ojeada á la historia más conocida de Europa.

Ahora está unida sólo con Asia. Pero hubo un tiempo en que lo estuvo con el Asia por un estrecho istmo, y formando un todo con África. Hubo además otro período en que por un brazo extenso de mar estaba dividida en dos partes, oriental la una y occidental la otra. En nuestro artículo titulado *El mar belado ó glacial* hablamos de un continente ártico, que hubo de existir ántes, al que pertenecían Groenlandia, Escandinavia, parte del norte de América y probablemente el Japon. De esta tierra ártica estuvo Europa muy lejos largo tiempo, hasta que se juntó con ella y los habitantes de la primera pudieron penetrar en la segunda. Hubo épocas en que Europa ocupaba mucha mayor extensión que hoy, y otras en que no sólo fué más pequeña, sino que estaba disgregada en varias regiones.

Esos cataclismos terrestres han ejercido considerable influencia en los hábitaculos de animales y plantas, porque iban acompañados naturalmente de grandes trastornos y mudanzas en el mundo animado. Pero el caso que más nos interesa es el de la unión de grandes regiones que estaban separadas anteriormente.

El efecto es siempre la invasión de los habitantes de una parte en la otra; y si bien es recíproca, siempre pre-



AUSTRALIA. — EL CANGURO Y EL ORNITORINCO.



domina más un elemento que otro. Por ejemplo, durante la época glacial y después, Europa se unió más y más con Asia, siendo su consecuencia una extraordinaria invasión de animales del norte de la última, hasta el punto de que tengan hoy una fauna peculiar la Europa cisalpina y la Siberia, habiendo quedado poco de la que existía también en el norte de Europa, perteneciente al período anterior al glacial.

Un acontecimiento de esta especie produce naturalmente un desequilibrio importante en el estado de los seres, en dos sentidos diversos. Contra los habitantes primitivos se presentan nuevos concurrentes, nuevos enemigos, nuevos carnívoros, nuevas plantas de alimentación, y los intrusos encuentran relaciones climatológicas distintas, y á la vez nuevos adversarios y nuevos medios de sustento. Lo más trascendental es que las relaciones de unos con otros no son sólo nuevas, sino mucho más complicadas, porque nuevas especies vienen también á mezclarse con las antiguas. Comienza, pues, entónces una lucha tan animada como vária por la existencia; los intrusos trabajan en ganar terreno; los primitivos habitantes se defienden, y vence el más fuerte, el más astuto, el más flexible ó el más perfecto.

Semejantes períodos, en que lucha la fauna de una región, son aquellos durante los cuales tienen lugar diversas modificaciones en las especies animadas, en el sentido de su mayor perfectibilidad y progreso. Sería falso, sin embargo, suponer que estas modificaciones alcanzan igualmente á todos los individuos de una especie. Acontece en tales casos lo mismo que en la historia primitiva de los pueblos; de la confusión originada de la lucha general salen personalidades notables ó ciertas castas ó clases, que no sólo se sostienen individualmente, mientras sucumben otras de prendas menos esclarecidas, sino que transmiten esas cualidades á sus descendientes y fundan nuevas formas más perfectas.

Circunstancias de esta índole han sido la causa de que de los marsupiales se hayan desarrollado otros animales, que crían sus hijos de un modo diverso. Exponer al pormenor cómo ha sucedido esto, no lo consiente el estado actual de la ciencia. Sólo se puede afirmar, en términos generales, que los precedentes históricos de la tierra, tales como indicamos ántes, constituyen la condición precisa, en cuya virtud se desenvuelven esas fuerzas que crean seres mejor organizados. En la fauna de los mamíferos modernos se encuentran en infinita serie, con las variaciones más extrañas, mientras que Australia, con sus marsupiales, constituyó una excepción desde esta época hasta que fué descubierta y colonizada en el siglo último por los hombres blancos y por sus animales domésticos.

Bajo otro aspecto nos manifiesta además la historia natural la comparación de la Australia con los demás continentes. Sería erróneo pensar que en aquella parte del mundo, después de su separación definitiva de las demás, se suspendió por completo todo desarrollo, y que sólo en las otras tuvo lugar la modificación de los cuadrúpedos. Así lo prueba el cotejo entre los marsupiales y los demás mamíferos. Del mismo modo que éstos, en el curso de la historia terrestre, se dividieron en órdenes de género de vida distinto, ó de medios de vivir diversos, siendo los unos carnívoros, otros insectívoros, otros roedores y otros solípedos herbívoros, así también se dividieron los marsupiales australianos en diversas clases. A los carnívoros no marsupiales corresponden los carnívoros de esta clase, y no sólo en su conjunto, sino en sus detalles. El lobo marsupial es el representante del lobo y perro modernos, y la marta marsupial se asemeja á nuestras martas, ó más bien dicho, á alguno de nuestros felinos. A nuestros insectívoros, y acaso á las musarañas, se parecen los ratones marsupiales; á nuestras ardillas, el liron marsupial, y especialmente á la ardilla alada la ardilla marsupial. En el wombat encontramos, aunque con trabajo, nuestros grandes roedores subterráneos; los canguros se pueden comparar con nuestros solípedos herbívoros; y para acabar diremos que el erizo es el trasunto del erizo hormiguero, y nuestras nutrias acuáticas, de los ornitorincos.

Despréndese de lo dicho que en el desarrollo de los animales distinguimos dos métodos; si de seres peor organizados y más imperfectos se forman otros superiores, lo llamamos desarrollo progresivo ó hacia arriba; y si una

misma forma animal se divide en otras diversas, lo denominamos desarrollo en latitud ó desarrollo en extensión.

Si comparamos, pues, la última australiana con la de los modernos mamíferos, salta á la vista que éstos son mucho más importantes y perfectos que aquéllos. Bajo el primer aspecto, considerémoslo, por ejemplo, en cuanto al tamaño. Entre los mamíferos no marsupiales tenemos una escala, que comprende desde las ballenas, que pesan 150 toneladas, á la musaraña enana, de algunos gramos, mientras que el mayor marsupial, el canguro gigante, de 150 quilos, sólo llega á la milésima parte del peso de una ballena. ¿Y en la organización? ¿Qué enorme diferencia entre un mono, un murciélago y un cetáceo! Estas diferencias son, al contrario, mínimas en los marsupiales, aún cuando se comprendan los de cloaca y se consideren como formas extremas el canguro y el ornitorinco. A esta diversidad en extensión del desarrollo corresponde otra análoga en el género de vida. En parangón con los leones, tigres y áun lobos, son los carnívoros marsupiales ensayos ineptos y desdichados, y con el castor, que hasta derriba árboles, el wombat es un roedor imperfectísimo; y ¡cuán grande no es el abismo que separa al canguro de nuestros antílopes, ciervos y caballos, al oso marsupial del gris ó blanco, y al ornitorinco anfibio de las focas y ballenas!

Pero no prescindamos tanto de las dos especies de animales australianos representados por nuestro artista como característicos de ese país.

Hemos llamado al canguro representante entre los marsupiales de los solípedos herbívoros. Lo hemos hecho así, no sólo por su género de alimentación, sino por algunas particularidades de su sistema dentario, como por la falta parcial de colmillos é incisivos, la gran laguna que ofrecen entre los dientes primeros y los últimos, y además por el vigoroso desarrollo de las piernas. La desemejanza, sin embargo, es aquí algo extraña, atendiendo á las patas traseras del canguro, desmesuradamente largas y gruesas, y á su robusta cola, en cuya comparación parecen mutiladas las manos.

Lo más interesante de los canguros, además de su forma extraña, es su modo especial de moverse. Saltan sobre sus patas traseras, como algunas de nuestras aves, pero con extraordinaria fuerza y ligereza, puesto que huyendo, el canguro gigante da saltos de diez metros de largo y tres de alto, y sólo perros muy bien adiestrados pueden alcanzarlos. Cuando están quietos se apoyan en su cola como en un tercer pié, y al saltar les sirve de balancín. Son sociales, como nuestros rumiantes, y se reúnen á veces hasta ciento. Su instinto, como el de todos los marsupiales, es muy limitado, y de aquí su timidez grandísima, como en todos los animales estúpidos, lo que no obsta para que en los casos extremos se convierta en valentía desesperada, porque tienen también garras vigorosas y fuerza singular en las patas traseras, con las cuales, como de arma, y por cierto peligrosa, se valen para desgarrar el vientre á su enemigo.

Hay muchas especies de canguros, llamándose á la más pequeña canguro rata. La caza de los mayores ofrece grandes atractivos á los colonos blancos, más por la diversión que por la carne, al parecer poco sabrosa.

En el ornitorinco encontramos el más singular y raro mamífero, habiéndose dudado largo tiempo si lo era, ó más bien un pájaro. Esta duda ya no existe, porque se sabe con certeza que es mamífero; pero mamífero tan *sui generis*, que, con el erizo de bolsa, forma sección aparte de todos ellos, constituyendo el lazo de unión entre los mamíferos y las aves. Su semejanza con éstas depende ménos del pico que de tener, como ellas, dos clavículas y una sola salida para la orina y la inmundicia, llamada también cloaca. De aquí que se denominen animales de cloaca al ornitorinco y al erizo hormiguero, ó bien *monotremos* (de un solo agujero) ó de doble esternon. Entre los demás mamíferos son los de cloaca los más próximos á los marsupiales, porque tienen los huesos que forman la bolsa, aunque carezcan de ella. La cuestión que ocurre aquí naturalmente, esto es, si los animales de cloaca provienen de los marsupiales, ó viceversa, ha de contestarse en el último sentido, de suerte que aquéllos son los restos de la fauna más antigua. Y como no existen en ninguna otra parte del mundo vestigios de los de esta clase, que hayan desaparecido, queda en la oscuridad en qué sentido

ha de tomarse ese parentesco. Quizás den alguna luz las investigaciones paleontológicas que se comienzan á hacer en Australia.

El ornitorinco se llama así de la conformación de sus mandíbulas. Están como el pico de un pato, cubiertas de piel córnea, y sólo tienen dientes de cuerno; sus piés, cortos, están provistos de membranas natatorias grandes y anchas, y las patas traseras del macho, de un espolón agujereado, con una glándula, aunque no venenosa, como se creyó algún día. Es del tamaño de un turón, con una bolsa pequeña como la de un topo, y vive como anfibio á la orilla de los ríos del interior de Australia. Come como los patos, llenando su pico de barro y plantas acuáticas, y mascando, y devora también escarabajos, lombrices y caracoles. Se sumerge en el agua y nada muy bien, y, á modo de nutria, tiene ciertos agujeros en las orillas, con dos aberturas, una en terreno seco y otra debajo del agua. La hembra pare en un lecho que prepara. Su instinto suele ser muy limitado, y su endeble constitución ha impedido hasta ahora traerlo vivo á Europa.

GUSTAV JAEGER.
(T. por EDUARDO MIER.)

EL CABALLO DE CAZA (1).

III.

Créese generalmente, y se cree muy mal, que los caballos para cazar venados pueden servir lo mismo para correr liebres, zorras y jabalíes. En estas últimas cacerías es preciso montar y echar pié á tierra con presteza, y por eso se eligen siempre caballos ingleses, pequeños y no de pura raza.

Para educarlos bien, y que sean útiles á su tiempo, se han de enseñar desde muy jóvenes.

Ante todo, se necesita que el caballo esté acostumbrado á permanecer quieto, áun hallándose en libertad, porque muchas veces sucede que ha de quedarse suelto en el monte durante una hora ú hora y media. Para obligarle á ello hay el recurso de sujetar la brida á un gancho de hierro que tiene la silla, atirantándola de manera que el animal no pueda moverse. También se le acostumbra á la inmovilidad por medio de un sistema que se emplea en el picadero, ó sea pasarle las riendas bajo el cuello para hacerle creer que tiene encima al jinete, dejándole tranquilo. Este último da algunos pasos, y si el caballo se mueve, le obliga á estar quieto, continuando así el ejercicio hasta que el noble bruto comprende lo que quiere su amo y lo que de él se exige. En seguida se hacen ruido y movimientos, á fin de excitarlo á echar á andar, y si así lo verifica, se le vuelve á imponer la tranquilidad y la quietud.

Al caballo de caza se le ha de poder montar por izquierda y derecha, toda vez que acontece con frecuencia el alterar las reglas ordinarias en medio de la premura y de los lances de una batida. En las lecciones, pues, se le ha de montar por ambos lados, y especialmente de aquel en que ménos docilidad demuestra.

No ha de ser cobarde ni espantadizo, porque un caballo que se asuste del chasquido del látigo, ó de ver arrancar de pronto á una liebre, pondría al jinete en gravísimo peligro. También ha de adquirir el hábito de vivir con los perros, puesto que en las cacerías á la carrera tiene que trabajar casi constantemente entre ellos, y á trechos va con la jauría llevándolos unas veces á derecha y otras á izquierda ó delante.

Es preciso asimismo que resista y no se irrite al sentir el peso de las zorras, liebres y demás piezas que se cuelguen de la silla. Se ha de empezar por enseñárselas y dárseles á oler, colgándolas luego una por una.

Debe también sin espantarse percibir el tufo especial del jabalí, por más que ordinariamente le produce una sensación muy desagradable. Grandes son los inconvenientes que acarrea el ir á montar jabalíes con caballos que no pueden soportar el olor que despiden dichos montaraces; pero es fácil acostumbrarlos dándoselos á oler en la cuadra, ó pasándolos á menudo por las carnicerías, con

(1) Véanse los números anteriores.

objeto de familiarizarlos con la vista de la carne y de la sangre de los animales.

Los arneses del caballo destinado á cazar jabalíes, son los mismos que se le ponen para montar venados y demas reses mayores.

Hay cazadores que no quieren ó que no pueden ir á pié á sus expediciones, viéndose obligados á montar á caballo para gustar las delicias de su recreo favorito. Sirvense, pues, del caballo para acechar la caza, aproximándose luego á la pieza lo bastante, á fin de tirarla sin echar pié á tierra. Notemos aquí de pasada que los animales no se asustan tanto de un caballo y su jinete, ya se hallen éstos á mayor ó menor distancia, como se asustan siempre de un hombre que vean á pié.

Las cualidades esenciales de un caballo destinado á este uso consisten en ser frio, de buen genio, dócil, sossegado y no susceptible de espantarse. Por lo comun se le elige entre los de cinco ó seis años de edad, y de alzada de cuatro piés y cinco pulgadas, porque un caballo grande es difícil de montar, y uno demasiado pequeño no cubriría bien al cazador, en el caso que éste quiera colocarse para tirar detras de él.

La raza á que pertenezca es indiferente de todo punto, con tal de que reuna las condiciones referidas, buena armazon y aplomo para oír de continuo las detonaciones. Es muy conveniente que sea capon, para que sus relinchos no asusten á la caza, y si posible fuera, la capa será siempre de un color cervuno, que es la que más se parece á la de los animales del monte, y la que mejor cuadra en los bosques y en las campiñas.

Acabamos de ocuparnos de los medicos que se emplean para hacer que permanezcan quietos los caballos destinados á correr jabalíes, resultado que se obtiene con los que ahora se trata por el método siguiente: el jinete ha de visitar á su caballo en la cuadra con la mayor frecuencia posible, acostumbándolo poco á poco á permanecer inmóvil al pronunciar una palabra ó exclamacion determinada, cuidando mucho de estimular y recompensar su obediencia, llevándole azúcar, pan ú otra friolera que le agrade. Luego le monta y le conduce al campo, habituándolo á obedecer á las ayudas, y sobre todo á las piernas. Ha de ensayar el pararlo en firme de vez en cuando, pronunciando siempre la palabra indicada, dejando caer las riendas sobre el cuello al mismo tiempo para conseguir más adelante que al hacerlo así se pare el animal sin necesidad de hablarle nada.

En estas lecciones, que han de darse lo mismo en la casa que en el campo, ha de prolongarse todo el tiempo que sea posible la inmovilidad del caballo; y si al principio se consigue que la observe dos ó tres minutos, ya se puede el jinete dar por satisfecho.

Los defectos y rebeldías del animal se han de corregir con rigor y firmeza, pero sin ira ni ensañamiento, porque la brutalidad, y sobre todo los golpes en la cabeza, le trastornan el sentido, le hacen indómito, colérico é incapaz de dar ningun resultado ni producir servicio útil.

Para enseñarle á seguir al amo se le echa la brida al cuello, marchando delante de él con alguna golosina en la mano. Si el caballo es bueno y dócil, fácilmente se consigue lo que se desea. Esto ha de repetirse á menudo en paseo, hasta que marche apaciblemente detras y al lado de su amo, parándose si éste se pára, y no alejándose ni huyendo aunque se le deje en absoluta libertad.

Si el caballo no obedece por este sistema, se colocará detras de él una persona con un látigo, que hará crujir como amenaza, á fin de excitarlo á que marche hacia adelante, usando por supuesto la precaucion de tenerlo sujeto con un ramal para el caso de que trate de escaparse. La paciencia y lecciones frecuentísimas son las mejores garantías de buen éxito.

Luego, y por el mismo protedimiento de que ya hemos hablado, se le familiariza con el ruido de las detonaciones.

Si el caballo se asusta de ver las aves volar delante de él, lo cual se llama vulgarmente *miedo del ala*, es indispensable hacer que pase ante su vista un pájaro empajado que se levanta por medio de una cuerda, hasta que desaparezca tan grave defecto, harto difícil de corregir.

Los arneses de estos caballos son iguales á los de montería, con la diferencia de que pendientes de la silla han de ir dos barjuletas ó morralillos de cuero, una para la

avena y otra para las provisiones del cazador. En el arzon se adaptará tambien un asa destinada á enganchar la escopeta, evitando así al jinete el trabajo de soportar el peso del arma.

Tambien se necesita que el caballo vaya provisto de su espanta-moscas correspondiente, pues por grande que sea la paciencia del animal, si le pica una mosca mientras el cazador apunta, no podrá ménos de sacudírsela y producir movimientos tan poco oportunos como inconvenientes.

Antes de salir al campo ha de inspeccionar el jinete por sí mismo todo lo que el caballo lleva encima, para asegurarse de que va cómodo y de que nada puede molestarle, lo cual perjudicaría á su inmovilidad cuando fuera preciso que la observase perfectamente.

P. C.

CAZA DEL PERRO SALVAJE EN ÁFRICA.

El perro salvaje es un animal muy comun en el África septentrional, y su caza muy conocida, especialmente en Argelia.

Existen varias especies de perros salvajes; pero la más numerosa en África es el perro comun.

Este es más grueso que una zorra, pero con la cola proporcionadamente mucho más corta, la cabeza estrecha y reducida, el pelo amarillo oscuro en el lomo y parte superior del cuerpo, y más claro en el vientre.

Estos animales se esconden de dia en los bosques más impenetrables, y no salen al campo más que de noche.

Dan caza á las gacelas, limpian de aves los gallineros, y hasta comen la carne podrida y descompuesta. Todo esto segun los sitios en que viven.

El perro salvaje aulla de una manera siniestra, muy parecida al llanto de los niños.

El procedimiento para cazar á estos animales es el siguiente. Despues de bien entrada la noche, los cazadores se dirigen al sitio designado, llevando consigo una cabra, un cabrito ó un cordero, que atan en la parte ménos cubierta por el ramaje de los árboles.

Despues, los cazadores se ocultan á la distancia conveniente. La cabra, ó animal que se haya llevado, no tarda con sus quejidos en llamar la atencion de los perros salvajes, que llegan al momento en tropas numerosas, para disputarse la presa, consiguiendo el cazador por este medio, matar no pocos de estos animales, por desgraciado que sea.

Sin embargo, es bueno decir que el perro salvaje es por naturaleza muy miedoso y huye á la primera detonacion, razon por la que es difícilísimo dar caza á estos animales.

Igualmente es muy difícil ver á un perro salvaje luchar con un perro de presa; para esto es preciso que vayan dos juntos á lo ménos, siendo muy raro que, á pesar de esta ventaja, queden vencedores los salvajes.

Para terminar, concluirémos diciendo que para cazar el perro salvaje en Argelia, basta que el cazador tenga una casa de campo á las puertas de un pueblo cualquiera tan favorecido por toda clase de animales.

El perro salvaje, ademas de ser nocivo, tiene una carne de un sabor desagradabilísimo. Su piel no tiene valor ninguno, y únicamente se usa como alfombras para calentar los piés, y con frecuencia, por los indígenas, como vestido.

UNA AVENTURA DE LEONES.

M. Carter, encargado por el Rey de Bélgica de la direccion de los elefantes que forman parte de la expedicion belga en África, ha publicado en el *Times* una correspondencia, fechada en Kerima (África central), en la que describe las dificultades y peligros que ha sufrido últimamente la caravana en su viaje de exploracion, compuesta de 150 hombres.

Nuestro principal alimento, dice M. Carter, consiste en trigo turco cocido con sal. Cada dos ó tres dias voy de caza y mato una cebra, que está reputada como una de las mejores piezas de África, ó un antilope, lo que permite á los expedicionarios vivir en abundancia todo un dia.

En una de mis últimas cacerías faltó muy poco para que yo perdiese la vida.

Habia tirado á una jirafa dos tiros inútilmente, porque á pesar de haberla herido las dos balas, echó á correr y consiguió hacerme perder la pista, cuando al disponerme á volver al campamento, me detuvo un ruido de mil demonios.

Los dos hombres que me acompañaban me dijeron que el estrépito provenia de un rinoceronte.

Tomé una escopeta del calibre 10, y á gatas me adelanté por entre las hierbas, hasta llegar junto al sitio en que se oía el rumor.

Entonces comprendí que si me encontraba cerca de un rinoceronte éste debería estar echado, porque no lo veía por más que miraba; entonces pensé que podrían ser más bien dos jabalíes luchando entre sí; sin embargo, todo me decía que estos animales, por enfurecidos que estuvieran, no podrían producir un ruido semejante.

¡Cosa rara! entre las mil ideas que se me vinieron á la imaginacion en aquel momento no se me ocurrió que podían ser muy bien leones, estando llena de ellos esta comarca.

Adelantéme, pues, atrevidamente, separando con mi escopeta las hierbas, y, por último, descubrí tres leones, que devoraban un jabalí que habia muerto de un balazo aquella mañana.

El pecho y las garras de aquellos feroces animales estaban cubiertos de sangre. A pesar de hallarme en aquel instante, lo confieso francamente, muy conmovido, conservé, sin embargo, bastante sangre fria para pensar que si no obraba con calma y sin aturdimiento, mi última hora habia llegado; pues si el leon, aún despues de estar satisfecho, es temible, cuando se le interrumpe en su comida no hay ferocidad comparable á la suya.

El leon que tenía enfrente de mí me descubrió al momento; sacudió sus melenas y empezó á azotar sus costados con la cola; en cuanto á los otros dos, no podria decir cuál era su continente, pues su camarada se estaba disponiendo á arrojar sobre mí, y no me atrevia á separar mis ojos de él ni por un segundo siquiera.

Al fin, se encorvó para lanzarse; le apunté en medio del pecho, é hice fuego. Despues di un paso atras, preparándome con la carga del segundo cañon de mi escopeta á vender cara mi vida.

Pero ¿cuál no sería mi asombro y mi alegría al ver que los otros dos leones emprendian la fuga á todo correr al traves de las hierbas y en direccion opuesta?

Lancé un suspiro de consuelo, y mirando á mi alrededor, traté de buscar á los dos hombres que me acompañaban. No sin mucho trabajo los distinguí á una distancia de 50 metros, casi muertos de miedo; los cobardes me habian abandonado llevándose consigo mi segunda escopeta.

Me acerqué con precaucion al leon que yacia en el suelo: estaba muerto.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 25 DE JUNIO DE 1880, Á LAS CUATRO Y MEDIA DE LA TARDE.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y diez tiradores, la ganó, matando tres de tres tiros, D. Andres Bruguera, contra los Sres. La Cerda, Udaeta (D. Santiago), Calvo, Gana, Goizueta, Gomar, Huéscar, Heredia (D. Fernando) y Agrela.

La segunda piña, lo mismo que la anterior y de quince tiradores, la ganó, matando ocho de nueve tiros, D. Fernando Heredia, contra S. M. el Rey y los Sres. La Cerda, Udaeta (D. Santiago), Bruguera (D. Andres), Calvo, Gana, Goizueta, Gomar, Huéscar, Agrela, Valdés, Anspach y Heredia (D. José y D. Agustín).

La tercera piña, cada uno á su distancia, de un pichon y diez y siete tiradores, la dividieron entre S. M. el Rey y D. Antonio Valdés, que mataron cada uno seis pájaros de seis tiros, contra los Sres. La Cerda, Udaeta (D. Santiago), Bruguera (D. Andres), Calvo, Gana, Goizueta, Gomar, Huéscar, Gujardo (D. Rafael), Heredia (D. Fernando, D. José y D. Agustín), Agrela, Anspach y Albareda.

La cuarta piña, igual á la anterior y de trece tiradores, la ganó, matando nueve de diez pájaros, D. Fernando Heredia, contra S. M. el Rey y los Sres. La Cerda, Bruguera (D. Andres), Goizueta, Gomar, Agrela, Valdés, Anspach, Heredia (D. José y D. Agustín), Gujardo (D. Rafael) y Albareda.

Presenciaron la tirada las Sras. Duquesa de Huéscar y Vizcondesa de la Torre de Luzon.

La tirada terminó á las ocho ménos cuarto.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 2 DE JULIO DE 1880, Á LAS CUATRO Y MEDIA DE LA TARDE.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y once tiradores, la ganó, matando tres de tres tiros, el Sr. Duque de Huéscar, contra los Sres. La Cerda, Estéfani (D. Eduardo), Bruguera (don Andres), Heredia (D. Fernando y D. Agustín), Torre de Luzon, Ibarra, Cañedo (D. Celestino y D. Francisco) y Calvo.

La segunda piña, lo mismo que la anterior y de catorce tiradores, la ganó también, matando tres de tres tiros, el Sr. Duque de Huéscar, contra los Sres. La Cerda, Estéfani (D. Eduardo), Bruguera (D. Andres), Heredia (D. Fernando y D. Agustin), Torre de Luzon, Ibarra, Cañedo (D. Celestino y D. Francisco), Calvo, Gomar, Morilo y Alvarez.

La tercera piña, igual á la anterior, la ganó, matando tres de tres tiros, el Sr. Conde de Gomar, contra los Sres. La Cerda, Estéfani (D. Eduardo), Bruguera (D. Andres), Heredia (D. Agustin y D. Fernando), Huéscar, Ibarra, Cañedo (D. Francisco y D. Celestino), Calvo, Guíjarro (D. Rafael), Alvarez y Valdés.

La cuarta piña, cada uno á su distancia, de un pichon y catorce tiradores, la ganó, matando cinco de cinco tiros, D. Celestino Cañedo, contra los Sres. La Cerda, Bruguera (D. Andres), Heredia (D. Agustin y D. Fernando), Huéscar, Ibarra, Gomar, Calvo, Cañedo (D. Francisco), Alvarez, Guíjarro, Valdés y Du Bosc.

La quinta piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando tres de cuatro tiros, D. José La Cerda, contra los Sres. Bruguera (D. Andres), Heredia (D. Agustin y D. Fernando), Huéscar, Gomar, Cañedo (D. Celestino y D. Francisco), Calvo, Alvarez, Guíjarro, Valdés, Du Bosc, Estéfani é Imaz.

La sexta piña, igual á las anteriores, la ganó, matando cuatro de cuatro tiros, D. Andres Bruguera, contra los Sres. La Cerda, Heredia (don Agustin y D. Fernando), Huéscar, Cañedo (D. Celestino y D. Francisco), Gomar, Guíjarro, Valdés, Du Bosc, Torre de Luzon y Morillo.

La séptima piña, á 22 metros, de carambolas y diez tiradores, la ganó, matando dos de dos tiros y haciendo una carambola, D. Celestino Cañedo, contra los Sres. La Cerda, Bruguera (D. Andres), Huéscar, Heredia (D. Fernando), Du Bosc, Gomar, Cañedo (D. Celestino y D. Francisco), Valdés y Guíjarro.

La octava piña, lo mismo que la anterior y de siete tiradores, la ganó, matando cinco de seis tiros y haciendo dos carambolas, D. Andres Bruguera, contra los Sres. La Cerda, Valdés, Huéscar, Du Bosc y Cañedo (D. Celestino y D. Francisco).

La novena piña, de cinco pichones y dos tiradores, la ganó, matando tres de cinco tiros, D. José La Cerda, contra D. Antonio Valdés.

La tirada terminó á las ocho y cuarto.

GACETILLA.

MANUAL DE CERÁMICA.—Con este título se ha publicado el primer tomo de una obra utilísima, original de D. Manuel Piñon, que es el volumen 28 de la *Biblio-*

teca Enciclopédica Popular Ilustrada, tan acreditada ya en España.

APUESTAS CON PALOMAS VIAJERAS.—Inglaterra y Bélgica van á medir sus fuerzas en un torneo de palomas, cuyas bases han sido aceptadas por ambas partes beligerantes, representadas por un colombofilo de Brusélas y otro de sus compañeros, habitante en el Yorkshire (Inglaterra).

Los dos campeones, á la hora convenida y ante testigos, pondrán en libertad una paloma perteneciente á su adversario.

El que anuncie primero la vuelta del paladin alado será el vencedor de la apuesta, la cual se ha fijado en 40 libras esterlinas.

De comun acuerdo retardada la fecha primitiva de la apuesta, ésta se efectuará en los primeros días del mes próximo de Agosto, sin que pueda demorarse el plazo de nuevo por una ú otra parte.

UN MOZO LISTO.—Un jóven cadete francés fué á pasar las vacaciones de Navidad con su familia, y deseando satisfacer su afición á la caza, se armó con la escopeta de su padre, silbó al perro y embolsó el *permiso de caza* del pariente. Detenido muy pronto por un guarda campestre, el avisado mozo mostró al punto su *permiso*.—«¡Setenta años!» leyó el guarda; ¡qué bien conservado está usted!—Eso es un dón muy comun en mi familia.—¡Con una pierna de palo!—¡Ya, gritó el cadete, demasiado comprende usted que para cazar y saltar brezos y cercas no iba yo á cargar con mi aditamento de palo!—El guarda rompió á reir, y lo dejó cazar en gracia de la ocurrencia.

LA CUESTION DE LAS AVES.—El problema de la conservación de las aves útiles á la Agricultura empieza de nuevo á preocupar la atencion de los gobiernos.

Con este motivo la Direccion de Agricultura de

Holanda acaba de publicar una ley, á consecuencia de una reclamacion de los comicios agrícolas, prohibiendo, bajo las penas más severas, la destruccion de las aves insectívoras, ya por medio de la caza, ya de cualquiera otra manera.

Esta ley ha sido votada por una gran mayoría en la Cámara de los Estados generales, y empezará á regir desde el mes próximo.

En ningún otro país, con mayor motivo que en España, debería seguirse este camino, á fin de evitar la desaparicion de las aves útiles á la Agricultura, y cuya falta se hace más sensible cada día que pasa, á consecuencia de la incuria con que se ha mirado esta cuestion por nuestros Gobiernos.

UN PESCADOR MUERTO POR UN GOBIO.—El hecho siguiente acaba de pasar en Turin.

Un jóven, queriendo retener entre sus dientes un pescadillo que acababa de coger, le dejó por inadvertencia que se le deslizara por su garganta. El gobio, impulsado hácia adelante, forzó la epiglótis y la laringe y pasó al canal aéreo en direccion de los pulmones.

Se administraron al pescador los vomitivos más enérgicos, sin el menor resultado; se le practicó la traqueotomía, se procuró extraer al animal por todos los medios posibles, sin poder conseguir más que sacar algunos pedazos muy pequeños. De modo, que siguió la asfixia hasta el extremo de que el paciente falleció al cabo de una hora de sufrimiento.

Cuando se le hizo la autopsia se encontró al pescado, que estaba en la parte inferior de la traquearteria, con la cabeza metida en el bronquio derecho y la cola en el izquierdo.

El pescado tenía 11 centímetros de largo y 2 de ancho, de modo que obstruía completamente los conductos aéreos.

El gobio había vengado en el infortunado pescador á todos sus demas congéneres.

ANUNCIOS.

LA CATALANA.—Baratura positiva de escopetas, cartuchos, revolvers, pistolas, pólvora, municiones, mogaes, cartucheras y toda clase de efectos de caza, á precios desconocidos.—Calle de la Cruz, número 23, Armeria de Carrillo, Madrid.—(100-6.)

TRAJES DE CAZA.—José Cortijo y Simon, sastre especial para ropa de caza ó campo, calle de Atocha, núm. 25, cuarto principal de la izquierda, Madrid.—Hay un variado y especial surtido de panas inglesas y del país para la ropa citada. Los cazadores que se vistan en esta casa tendrán de manifiesto un magnífico y completo figurin de dichos trajes. Blusas de dril á la americana, sin necesidad de chaleco. Recomendamos esta prenda por cómoda. También se hacen trajes á precios económicos para guardas de campo.—(100-6.)

CALZADO DE CAZA.—Zapateria de Eusebio Fernandez, calle de la Salud, núm. 19, Madrid.—Especialidad en calzado para caza, de todas clases y formas. Surtido constante, y se hace á medida.—Medias de cuero y alpargatas guarnecidas.—(100-6.)

H. RYCHNER, FABRICA DE ARMAS.—Aarau (Suiza).—Carabinas y mosquetes de caza, sistema Martini y Vetterli.—Precision de tiro garantizado.—Precio corriente y modelos á disposicion. (12-9.)

PÍLDORAS DE ALFORT, aprobadas por los veterinarios, contra las enfermedades de los perros, como sarna, ictericia, lombrices, rabia, etc. Preventivas, depurativas, purgantes y vermífugas. Dos francos la caja, y 2 francos 25 céntimos por el correo. Farmacia de Béguin, rue de Ménilmontant, 49, París.—(18-16.)

PERROS INGLESES.—El catálogo de la renombrada perrera de perros de muestra ingleses, de la mejor sangre del mundo, se envía franco de porte á todo *sportman* que lo pida al propietario Mr. A. Tondreau Loiseau, banquero, en Péruewelz (Bélgica).—(20-16.)

LA CRIA CABALLAR EN ESPAÑA, ó noticias históricas, estadísticas y descriptivas acerca de este ramo de riqueza, publicadas por disposicion del Excmo. Sr. Teniente General D. José María Marchesi, Director General de Caballería, por el Coronel D. Juan Cotarelo y Garastazu, Jefe del negociado de Remontas en la Direccion General de la misma arma. Es un magnífico volumen en folio imperial, adornado con mapas, planos, cuadros que representan los hierros ó marcas que usan los criadores de caballos para señalar sus ganaderías, láminas de plantas forrajeras, y un extenso mapa de España, que forma el sinopsis de la cria caballar, dividido en regiones, con tipos de caballos, cruzamientos que se han hecho, puntos donde existen paradas de caballos padres del Estado, antiguas provincias donde era permitido el uso del garañon, y diferentes razas ó degeneraciones del caballo español, en que por medio de signos y grupos se tendrá una historia precisa de la de este ramo.

Se venden en Madrid en la libreria de Cuesta, calle de Carretas, número 9, y de la Luna, número 3, á los precios siguientes: la obra sola, 130 reales en Madrid y 144 en provincias, y el mapa de España separadamente, 50 reales en Madrid y 60 en provincias; pero comprando las dos cosas juntas cuestan 160 reales en Madrid y 184 en provincias.

ANUARIO DEL COMERCIO, de la Industria, de la Magistratura y de la Administracion. Directorio de las 400.000 señas de España, Ultramar y de los Estados hispano-americanos. Con anuncios y referencias al comercio y á la industria nacional y extranjera, 1880. Un tomo de más de 2.000 páginas, 20 pesetas en toda España. Obra útil é indispensable para todo. Evita pérdida de tiempo. Tesoro para la propaganda industrial y comercial. Este libro debe estar siempre en el bufete de toda persona, por insignificantes que sean sus negocios. Se halla de venta en la libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Ba-

lière, Plaza de Santa Ana, 20, Madrid, y en todas las librerías del Reino.—(18-14.)

BIBLIOTECA VENATORIA DE GUTIERREZ DE LA VEGA.

—Coleccion de obras clásicas españolas de montería, de cetería y de caza menor, raras, inéditas ó desconocidas, desde la formacion del lenguaje hasta nuestros días, para ilustracion de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.—Ediciones de lujo con caracteres elzevirianos y en papel de hilo.—Se ha publicado el *Libro de la Montería* del rey D. Alfonso XI, con un discurso y notas del Excelentísimo Sr. D. José Gutierrez de la Vega. Consta de dos gruesos tomos en 8.º, que han valido, por suscripcion, á 6 pesetas cada uno en Madrid, y á 7 pesetas en provincias.—El volumen III de la *Biblioteca Venatoria* está publicado también y contiene el solo dos obras, el *Libro de la Caza* del príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de la Caza de las Aves* de Pero Lopez de Ayala, con un discurso y notas del Sr. Gutierrez de la Vega. Ha costado por suscripcion 6 pesetas en Madrid y 7 pesetas en provincias.—Se hacen los pedidos dirigiéndose á la Administracion, y mandando letra de cambio por el valor de la suscripcion.—Redaccion y Administracion de la *Biblioteca Venatoria* y de LA ILUSTRACION VENATORIA, calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid.

INVESTIGACIONES SOBRE LA MONTERÍA y demas ejercicios del cazador, por D. Miguel Lafuente Alcántara, reimpresas con una introduccion por el Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edicion elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de sesenta ejemplares numerados que no se ha puesto á la venta.

BIBLIOGRAFÍA VENATORIA ESPAÑOLA, por el Excelentísimo Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edicion elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de veinticinco ejemplares numerados, en gran papel con grandes márgenes, que no se ha puesto á la venta.



TROMPAS DE CAZA de Raoux. Millereau, 66, rue d'Angoulême, Pavillon de l'Horloge, París.—(20-8.)



LA ILUSTRACION VENATORIA.—Este periódico se publica en Madrid, los días 10, 20 y 30 de cada mes, desde 1.º de Enero de 1878, en 24 columnas de gran folio cada número, de bella edicion y con magníficos grabados de caza y pesca por los primeros artistas de Europa.

Forma cada año un elegante volumen, con índice y portada para su encuadernacion.

La suscripcion cuesta, tanto en Madrid como en provincias, 6 pesetas el trimestre, 12 el semestre y 24 el año.

Pero se obtiene una considerable rebaja, si se pide la suscripcion por todo el año actual, haciendo el pedido é incluyendo una letra de comercio ó libranza del Giro Mútuo por valor de 80 reales, en carta dirigida á la Administracion de LA ILUSTRACION VENATORIA, calle de Espoz y Mina, número 3, en Madrid.

La suscripcion para Ultramar y el Extranjero cuesta 120 reales al año; pero anticipando el importe del mismo modo sólo costará 100 reales.

Está agotada la coleccion del periódico del primer año, ó sea de 1878; pero se sustituye con el *Album* que se anuncia en seguida, por estar hecho con los mismos grabados que contenia la coleccion del citado año primero.

De la coleccion del año 1879 quedan algunos ejemplares, que se pueden adquirir con aquella misma rebaja, librando 80 reales, con tal de que se haga el pedido directamente, como queda dicho.

ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA.—Este precioso ALBUM es un hermoso volumen en folio, del mismo tamaño que LA

ILUSTRACION VENATORIA, conteniendo más de cien magníficos grabados de escenas de caza y pesca, que, elegantemente encuadernado, constituirá el más bello adorno del gabinete de un aficionado á estos deleites, y podrá separarse en láminas para decorar una habitacion.

Como que el ALBUM se compone de los grabados publicados en el primer año de LA ILUSTRACION VENATORIA, podrá suplir á la coleccion del periódico del mismo año para los nuevos suscritores que no pueden adquirirla, por haberse agotado completamente, y aún será muy agradable para los antiguos que quieran poseer tan bella coleccion de láminas tiradas aparte con notable esmero.

El ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA se enviará inmediatamente, encuadernado en rústica, franco de porte por el correo, á todos los señores de provincias que lo pidan, librando 10 pesetas á esta Administracion (calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid). A los de Madrid que lo deseen se les llevará á sus casas por el mismo precio.

Hay también ejemplares del ALBUM preciosamente encuadernados, que no pueden enviarse por el correo, pero que se expenden en la Administracion en Madrid, con 10 reales de aumento, es decir, á 50 reales.

ALMANAQUE DE CAZADORES PARA 1880.—Contiene indicaciones sobre las varias especies de animales que pueden cazarse cada mes, con la aplicacion de lo que previene la ley de Caza en los diversos periodos del año.—Un folleto en 8.º, que se da gratis en la Administracion de LA ILUSTRACION VENATORIA, y se envia también gratis por el correo á todo el que lo pida desde provincias.

REVISTA UNIVERSAL ILUSTRADA.—Periódico de Sport, Zootecnia, Agricultura, Historia Natural, Caza, Pesca, Higiene, Equitacion, etc., dirigido por D. Francisco de A. Darder. Se publica tres veces al mes. Administracion, Mendizábal, 20, Barcelona.

BOLETIN DE LA ASOCIACION DE AFICIONADOS Á LA CAZA.—Periódico de Caza y Pesca, órgano oficial de la Asociacion de Aficionados á la Caza y Pesca de Cataluña, dirigido por D. Joaquín Badia y Andreu. Se publica dos veces al mes en tiempo de Veda, y una fuera de ella. Administracion, Archs, 7, Barcelona.

EL SEMANAL.—Revista de Caza y Pesca, periódico oficial de la Sociedad de Cazadores y Pescadores de Navarra, dirigido por D. Agustin Lopez Blanchar. Se publica todos los juéves. Administracion, San Nicolas, 15, Pamplona.

REVISTA VENATORIA.—Periódico de la Sociedad de Cazadores y Pescadores de Huesca, dirigido por los Sres. D. Antonio Gasós y Don Ruperto Ramos. Se publica los días 5 y 20 de cada mes. Administracion, Plaza de Zaragoza, Huesca.

LA CAZA.—Periódico oficial del Casino de Cazadores de Valencia, dirigido por D. Rafael Chocomeli. Se publica dos veces al mes en tiempo de Veda y una fuera de ella. Administracion, Palau, 14, Valencia.

EL CAZADOR.—Revista de caza, pesca y pajarería, dirigida por don Hermenegildo Estevez. Se publica cuatro veces al mes. Administracion, calle del Ave Maria, 6, Madrid.

BOLETIN DE CAZA Y PESCA.—Órgano de la Asociacion Centro Venatorio Ampurdanés, dirigido por D. Enrique Serra y Caussa. Se publica los días 15 y último de mes. Administracion, calle Subida al Castillo, 31, Figueras.

Madrid, 1880.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M. Calle del Duque de Osuna, n.º 3.